

Las representaciones del lenguaje en el marco de la oratoria latina: Cicerón y Quintiliano en diálogo.

Cadina M. Palachi

Universidad Nacional del Litoral

1. Introducción

Dentro de un marco general comparatista, me propongo poner en diálogo a dos oradores latinos con el auxilio de la mirada teórica de la *glotopolítica*.

Interesan especialmente tres textos de Cicerón: *De Oratore* –producido en año 55 a.C.– *Brutus* y *Orator* –dos textos del año 46 a.C.–. Haremos algunas referencias a otros textos de Cicerón y aclararemos, cuando corresponda, el año de producción. En cuanto a la obra de Quintiliano, trabajaremos el texto *Institutionis Oratoriae* del siglo I d.C.. El panorama histórico y político se presenta muy diferente para ambos autores. Cicerón es, al momento de la escritura de los textos que analizaremos, Senador romano, en una época en que la República comienza a desintegrarse y Roma ha extendido su poder político y militar a toda Italia, y César prácticamente ha concluido su campaña en las Galias.

Quintiliano, por su parte, según Ortega Carmona (1996) “Fue el más famoso y autorizado maestro de Retórica del Imperio Romano en todas sus épocas y el primer profesor de Occidente que, por mandato del emperador Domiciano, ejerció el cargo público de la enseñanza en nombre del Estado, oficialmente retribuido a cargo del erario público”¹.

Vamos a referirnos en el cuerpo del trabajo a la diferencia en los objetivos que se plantean en sus obras estos autores, dadas las circunstancias históricas de cada uno y la clara intencionalidad pedagógica en el texto de Quintiliano.

Las preguntas desde las que vamos a leer los textos se enmarcan dentro de la perspectiva de la *glotopolítica*. Señalan Arnoux y Bein que “La validez del concepto de *glotopolítica*, a diferencia de los de políticas y planificación lingüísticas, incluye también las acciones no gubernamentales con repercusión pública sobre las lenguas y las prácticas discursivas a la vez que designa la interdisciplina en formación que tiene por objeto este campo”².

En este mismo sentido, Bulot y Delamotte-Legrand se refieren a la importancia de la mirada teórica que funda la *glotopolítica* “...hasta entonces lo que se abordó fue esencialmente el problema de *la acción de la sociedad sobre el lenguaje; con la glotopolítica, lo que se prioriza es la acción del lenguaje sobre la sociedad*”³.

Desde este lugar teórico, nos interesa leer las representaciones de Cicerón y Quintiliano, en tanto formulan teorías sobre la retórica (oratoria, en su denominación latina) que ambos van a definir como *ars bene dicendi*; *ars* debe entenderse en sus sentidos de “arte” y de “técnica”; una práctica. Técnica que conduce al “bien decir”. Entonces nos preguntamos cómo conciben este *decir* y qué entienden por *bien*; qué prácticas están ligadas al lenguaje, qué usos. En el caso particular de Cicerón la *urbs* aparece como un espacio política y lingüísticamente delimitado,

centro en el cual podemos leer otro centro lingüístico: el foro y asociado a él, las clases dirigentes y, por supuesto también una forma política: la República que se percibe como un espacio a punto de resquebrajarse. La *urbs*, sin embargo, es también un espacio fracturado de encuentro de lenguas y culturas, en particular la griega que se asume como prestigiosa, aunque intentaremos mostrar que este prestigio se presenta en las representaciones de Cicerón con ciertos recaudos. En sus textos, la materialidad de la voz; de la lengua oral, se nos presenta muy interesante. En los textos de Quintiliano, el espacio es el Imperio, la lengua y la cultura griegas son observadas desde otra mirada, y la *urbs*, ha dejado de ser el centro. La escritura y la lectura comienzan a ser un punto de reflexión importante y es allí donde habrá que “proteger” a la lengua. La labor didáctica de Quintiliano lo distingue de la voz política de Cicerón y esto opera diferencias notables entre sus propuestas.

Las representaciones de los hablantes acerca del lenguaje, ya sea en cuanto a lo que entienden por corrección o en cuanto a sus concepciones de quiénes tienen derecho a tomar la palabra en qué ámbitos, ponen en marcha acciones sobre la lengua, aun cuando no se trate de acciones políticas ni de planificación llevada a cabo desde el Estado, y estas acciones, así como las representaciones que subyacen, son el objetivo de la glotopolítica. De allí el interés que presenta una nueva lectura de los textos de Cicerón y Quintiliano, teniendo en cuenta que sus propuestas de acción sobre la lengua se fundan en representaciones que asumen como propias, incluso cuando algunas son producto de una tradición y de una situación histórica y de reformulaciones de las mismas. A medida que avancemos en nuestra propuesta de lectura del corpus haremos referencia a algunas cuestiones teóricas.

2. Cicerón y el espacio de la *urbs*: la oralidad en el centro de la escena

Quare cum sit quaedam certa vox Romani generis urbisque propria, in qua nihil offendi, nihil displicere, nihil animadverti possit, nihil sonare aut olere peregrinum, hanc sequamur, neque solum rusticam asperitatem sed etiam peregrinam insolentiam fugere discamus⁴.

Este epígrafe, fragmento de *De Oratore*, nos sitúa ante el tema de cómo se concibe el espacio lingüístico; la lengua de la *urbs*. El objetivo será mantenerse dentro de un tono romano; *certa vox propria urbis* (una determinada voz propia de la ciudad) y *generis Romani* (de estirpe romana); este tono que se denomina “urbanitas”. Lo propio de la urbe y de la raza romana debe mantenerse alejado de lo extranjero (*peregrinus*).

Creemos que en las representaciones de Cicerón acerca del lenguaje y de la ciudad se dibuja un entramado bastante complejo que intentaremos hacer visible. En la ciudad encontrará el modelo lingüístico que también es el espacio donde tiene su cede el modelo político, es decir la República, ya que es allí donde funciona el Senado. Vamos a analizar cómo se manifiestan estas concepciones en el *De Oratore*. El texto se presenta como un diálogo entre personajes que se retiran de la ciudad para hablar en el “Tusculano”, zona de villas de descanso cercana a Roma. En el diálogo que sigue expondrán los oradores sus ideas acerca de la oratoria. Si bien en el texto se cruzan varias voces, la de Craso es, a nuestro entender, la más cercana a la de Cicerón. El texto asocia el estilo de vida de la ciudad de Roma con el arte de la oratoria:

Porque así que hubimos logrado el imperio del mundo, y una larga paz nos dio reposo, no hubo adolescente codicioso de gloria que con todo empeño no se dedicase a la elocuencia (p. 243)

El bien decir de la oratoria se muestra como un habla común, un habla compartida, sobre todo en cuanto al estilo, donde se trata de presentar a la oratoria con marcas que la distinguen del habla de los poetas y de los filósofos. El habla de esta disciplina es “útil”.

Nada hay a mi juicio más excelente, dijo, que poder con la palabra gobernar las sociedades humanas, atraer los entendimientos, mover las voluntades y traerlas o llevarlas adonde se quiera. En todo pueblo libre, y principalmente en las ciudades pacíficas y tranquilas, ha florecido y dominado siempre este arte (p. 246)

Leemos, en el entramado que señalábamos al comienzo, que la oratoria se asocia a la vida en las ciudades y esta asociación no se detiene allí, sino que se une a la República como forma de organización que permite este tipo de habla que se presenta como la del pueblo: “...en la oratoria..., el mayor vicio está en alejarse del sentido común y del *modo usual de hablar*.” (p. 243).

El hombre de la palabra elocuente es también el mejor para el gobierno⁵.

Dentro del espacio de la ciudad se definen los centros y los márgenes; las pertenencias y las exclusiones. El hablar “latinamente” (*latine* es un adverbio de modo) excluye a los “sofistas y a los retóricos, a los libros” y en cambio presenta en el centro a las “causas mayores”. La palabra en la Roma de la República está ligada a la presencia física del orador, al sonido de su voz.

Porque nuestro estilo debe acomodarse a los oídos de la multitud para deleitar los ánimos, y nuestras palabras han de ser pesadas, no en la balanza del joyero, sino en la balanza popular (p. 324)

En esta sociedad organizada jerárquicamente, algunos individuos están autorizados a hablar con ciertas finalidades: *docere, movere, delectare* (enseñar, conmover, deleitar) y sus discursos están dirigidos a un tipo de oyente. También es propio del tipo de organización política deslindar a los oyentes para quienes se habla. Las representaciones del lenguaje dibujan el lugar de los oyentes.

El texto de Cicerón permite leer cómo la sociedad delimita los espacios del lenguaje, y, tal como señalan Bulot y Delamotte-Legrand, cómo “es trabajada por ellos. En efecto, no se limita jamás a decir qué lengua hay que hablar, enseñar o proscribir (como se cree a menudo), sino que indica también quién está autorizado a utilizar qué variedades de lengua, en qué situaciones y para qué contenidos. (...) Pues la glotopolítica, (...) está constantemente en marcha en la vida social: es un continuum que va de los actos minúsculos de cada uno de nosotros, por lo general considerados como anodinos (corregir una falta, sorprenderse de un acento, rechazar un uso) a intervenciones considerables...”⁶.

La ciudad se plantea en este texto como un entramado de discursos que delimitan el espacio, que lo circunscriben y que *hablan* de las prácticas sociales. Roma también puede leerse como otras grandes ciudades contemporáneas, con algunas semejanzas y algunas diferencias. El imperio de la voz; de la oralidad, se deja leer en los textos que estamos analizando. La preocupación de Cicerón por el ritmo y por el orden de las palabras en el período de la prosa del *orator* se une a la concepción de una pronunciación propia de la ciudad:

Sólo trato de la perfecta pronunciación, que así como entre los griegos es propia de los áticos, así entre los latinos es gala de *nuestra ciudad* (p. 376)

Los nuestros se dedican a las letras menos que los latinos, y no obstante, ninguno de los de la ciudad, por pocas letras que tenga, dejará de vencer en condiciones de voz y acento a Quinto Valerio Sorano, el más sabio de todos los Itálicos (p. 377)

Este imperio de la oralidad permite leer una exclusión en las representaciones de Cicerón: la ortografía. Si bien la escritura y la lectura se consideran actividades muy importantes entre las prácticas del orador, no se reflexiona sobre la forma de

escribir. En contraste con la gran cantidad de páginas que se dedican a explicar cómo se compone el período y los pies métricos, no leemos ninguna referencia a la graffa.

Roma será el punto de encuentro de “lenguas extranjeras”, también en este sentido operan las distribuciones del espacio; lo propio y lo *peregrinum*. Otra de las exclusiones se refiere a las palabras antiguas, caídas en desuso, que pueden usarse con moderación:

Ni por eso se ha de abusar de las palabras que el uso tiene ya desterradas, a no ser por causa de ornato y con moderación; aunque el escoger, entre las palabras que están en uso, las más selectas, requiere largo estudio de los antiguos escritores (p. 375)

El “uso”, en tanto delimita a los hablantes de la *urbs* y en especial a los que en el Senado escuchan a los oradores –es decir, la clase dirigente–, se transforma en un elemento de juicio lingüístico que marca claramente los lugares de la exclusión y de la pertenencia. Lo mismo ocurre cuando se consideran las variaciones morfológicas.

La costumbre ha permitido incurrir en algún defecto gramatical por causa de elegancia. (...) ¿Y qué diremos de las palabras juntas? ¿Por qué se dice insipientem y no insipientem, iniquum y no inoequum (...)? Algunos quieren que se diga también pertisum, *pero el uso no lo aprueba* (*Orator*, p. 520)

En estas representaciones del lenguaje hemos podido rastrear un tejido de relaciones entre la concepción de la *urbs* en tanto *centro* político, lingüístico y cultural, como espacio de poder; representación física de la República, y más estrechamente del Senado, como centro. El *uso* común (de la gente de la *urbs*) es la regla con la que se medirá la eficacia y la calidad del lenguaje.

Una noción más que se asocia con estas formas de concebir el lenguaje, es la de *decorum*. Los discursos del *orator* serán adecuados a las personas y a su dignidad, a las situaciones, y esta adecuación se presenta con connotaciones estéticas y éticas.

El fundamento de la elocuencia es la sabiduría. Así en la vida como en el discurso, nada es más difícil que atinar con lo que conviene. Llaman a esto los griegos *prépon*, nosotros podemos llamarle decoro. (...) Así en las sentencias, como en las palabras, ha de guiarse el orador por el decoro. (...) aunque sin las cosas no tengan fuerza alguna las palabras, sin embargo una misma cosa suena mejor o peor según que se diga con unas u otras expresiones (*Orator*, p. 501)

2.1. La delimitación de la lengua: lo griego y lo latino

¿Cuáles son las representaciones ligadas a la lengua griega? Por una parte, en Cicerón es frecuente encontrar palabras griegas, sobre todo del ámbito de la filosofía y de la retórica. Es decir que frente a la necesidad de expresar un concepto que ha sido definido por los griegos y ante la falta de una palabra adecuada en latín, se recurre a la expresión en su idioma. De allí podría leerse una concepción del griego como una lengua prestigiosa. Es bastante frecuente encontrar terminología griega, sin traducción:

Es admirable el acierto y la frecuencia con que emplea las traslaciones que los griegos llaman tropos, y las figuras de dicción y de sentencia que apellidan schemas (*Brutus*, pág. 429)
Sea cual fuere el asunto sujeto a controversia, que los griegos llaman chrinomenon, conviene... (*Orator*, p. 512)

El diálogo *Partitiones Oratoriae* entre Cicerón y su hijo se desarrolla en latín, sin embargo el hijo hace una referencia al mismo diálogo que se ha producido en griego: –Quisiera, oh padre, que me enseñaras en latín lo mismo que otra vez me dijiste en griego acerca de la oratoria... (*Partitiones Oratoriae*, p. 207)

Frente a este prestigio evidente, se puede leer en otras instancias un deseo de dife-

renciación y el intento de enriquecer la lengua latina a partir de la griega. La incorporación de nueva terminología dotándola de características morfológicas latinas será una fuente inagotable de creación léxica en Quintiliano. En Cicerón encontramos, en cambio, traducciones; prácticas de reformulación de la escritura del otro, para hallar entre las palabras existentes del latín, las que más se asemejen a las del griego:

Después me ejercité, durante toda mi juventud, en traducir los mejores discursos de los oradores griegos. Esto tenía la ventaja de que, al poner en latín lo que antes había leído en griego, no sólo buscaba yo las palabras mejores entre las que usamos, sino que introducía, a modo de imitación, algunos vocablos nuevos entre nosotros, con tal que fuesen propios... (*De Oratore*, p. 268)

En *De Divinatione*, texto del año 44 a.C., año del asesinato de César, encontramos una referencia a las palabras en griego que nos parece interesante, en tanto señala el conflicto entre el valor atribuido a una lengua extranjera prestigiosa por su propia historia y la necesidad de autoafirmación del latín como señal de identidad. Aquí surge una problemática que señala L-J Calvet (1997)⁷: “El problema es, en realidad, saber en qué medida la organización lingüística de una sociedad (las lenguas en presencia, sus dominios de uso, etc.) responde a las necesidades comunicativas de esta sociedad”.

Creemos que es esta tensión la que no termina de resolverse; por un lado, una lengua como la griega mucho más rica en terminología técnica en el campo de la filosofía y de la retórica y, por otro, la necesidad de adecuar el latín a una gran variedad de conceptos y sostener el valor de la lengua propia, elemento marcador de identidad. De allí que se intente mostrar cómo la elección etimológica del latín es más adecuada que la del griego para algunos términos, como en el siguiente ejemplo, acerca de la procedencia de la palabra *divinatio* (en griego *mantiké*):

...this the Greeks call mantikh –that is, the foresight and knowledge of future events (...)
And, just as we Romans have done many other things better than the Greeks, so have we excelled them in giving to this most extraordinary gift a name, which we have derived from divi, a word meaning ‘gods’, whereas, according to Platos’s interpretation, they have derived it from furor, a word meaning ‘frenzy’ (*De Divinatione*, p. 222)⁸

3. Quintiliano: la intencionalidad pedagógica

Las condiciones de producción del texto de Quintiliano son significativamente diferentes a las de Cicerón. El espacio cerrado de la *urbs*, modelo lingüístico y político de la República, se ha abierto; Roma seguirá siendo el centro pero ahora de un Imperio que busca extenderse en el espacio aún más. Quintiliano, como individuo, no es un Senador, es un pedagogo. Tal como señalábamos al comienzo, Domiciano le ha encargado una tarea de expansión, ya que las escuelas son un espacio público que multiplica los saberes. Si en Cicerón nos encontramos con el círculo cerrado de un pequeño grupo de amigos conversando, aquí, en cambio, vemos la tarea de la escritura y el problema de la publicación⁹ del texto. Se trata de una apertura en varios sentidos; un texto público está en condiciones de circular, así lo plantea Quintiliano, en un prefacio dirigido al editor Tryphon¹⁰.

En este texto el tono pedagógico está claro desde el comienzo y se plantea como un objetivo valioso en sí mismo: las reflexiones sobre el lenguaje deberán conducir a la formación del orador desde su nacimiento.

...y no de otro modo que si se me hubiese encomendado alguien para ser formado como orador, empezaré a disponer de sus estudios desde su infancia (p. 17)

Otro hecho que Quintiliano hace notar respecto del momento en que produce su obra es el divorcio, que se ha transformado en habitual en la sociedad, entre “sabiduría” y “elocuencia”, de manera que su texto intenta remediar esta situación. Seguirá a Cicerón en el intento por hacer del orador un hombre sabio y elocuente a la vez:

...puesto que aquel varón con verdadero sentido de ciudadano y llamado a la administración de tareas públicas y privadas, que pueda regir las ciudades con su palabra en el Consejo (...) ningún otro puede ser en realidad más que el orador (p. 19)

En esta intención manifiesta de re-unir “bien hablar” y “bien hacer” comienza a dibujarse la concepción de la tarea del maestro, quien se presentará entonces como un ordenador de las costumbres morales y lingüísticas del alumno y del lector, en general.

El texto marca los pasos en la educación lingüística del niño desde el comienzo, señalando qué tipo de contactos debe mantener y con quiénes. Así se preocupa por el lenguaje de las nodrizas, que son las primeras en hablar al niño.

Quintiliano, a diferencia de Cicerón, no va a dejar casi ningún tema sin tratar. Señalábamos que tanto *De Oratore* como los otros dos textos con los que trabajamos, producen ciertas exclusiones, dejan “afuera” la ortografía, y mientras que la pronunciación es un objetivo central de reflexión, la sintaxis y la morfología están prácticamente en su totalidad supeditadas al uso oral, es decir al ritmo y al orden de las palabras. En el texto que ahora analizamos, encontramos un entramado mucho más cerrado, en tanto ningún aspecto queda sin tratar. Creemos que el intento de abarcar muchos más aspectos está ligado al proyecto del Imperio. Si en Cicerón señalamos una delimitación del espacio que excluye acentos, lenguas, seres, aquí, en cambio, se expande el texto hasta llegar a la extensión de doce libros. Todo debe ser trabajado, nada se deja al azar, sino que se espera disciplinar a la lengua a partir de otra disciplina: la que se imparte a los niños que aprenden “oratoria” y con ésta las lenguas latina y griega:

Preferencia mía es que el niño comience por la lengua griega, porque el latín, del que se sirve la mayoría, lo embeberá aunque no queramos nosotros; a la vez porque su primera instrucción ha de ser también en las enseñanzas de las disciplinas griegas, de las que también derivaron las nuestras. Con todo, no quisiera que ocurra esto con tan exagerado culto que el joven por largo tiempo hable solamente griego o lo aprenda (...) Pues de esta práctica proceden tanto los numerosísimos defectos de la pronunciación de los sonidos, corrompidos por timbre extranjero. (p. 29)

El griego se presenta con otro estatuto del que observábamos en Cicerón. En Quintiliano se asume como una lengua materna: el griego y el latín se aprenden casi al mismo tiempo.

Por su espacio como maestro oficial del Imperio¹¹, Quintiliano se nos muestra –leído desde las categorías definidas por la lingüística del siglo XX– como realizando una tarea ligada a la política lingüística. Su obra presenta una vasta reflexión acerca del corpus de la lengua y de las formas en que debe llevarse a cabo la puesta en marcha de su enseñanza por parte del Estado. Cuando se refiere al mejor tipo de educación –pública o privada–, argumenta a favor de la escuela pública. Esto nos lleva a situarlo en un lugar diferente al de Cicerón. Estamos refiriéndonos a un *antecedente lejano* de lo que luego será la política y planificación lingüística tal como las han definido los lingüistas del siglo XX. Se perciben algunos rasgos en tanto se trata de un funcionario del Estado que analiza la lengua y propone soluciones para

ser llevadas a la práctica en un sistema de educación pública. Por otra parte, a partir de su trabajo se instauraron en diversas ciudades del Imperio, “cátedras de Retórica” siguiendo su modelo. De todas formas aún no puede entenderse que suceda en el caso de Quintiliano lo que L-J Calvet (1997) denomina “política/ planificación lingüística, que implica a la vez un acercamiento científico a las situaciones sociolingüísticas, la elaboración de un tipo de intervención en estas situaciones y los medios para esta intervención” (p. 9).

La mirada del autor latino acuerda más con el concepto de glotopolítica.

En la labor de Quintiliano aparece como central el objetivo de regular la lengua, de “ordenarla”, fijar así una norma válida para todo el Imperio, por más lejos que sea el lugar donde se use la lengua de Roma. De allí su interés por todos los aspectos del *corpus* lingüístico.

3.1. El *corpus* de la lengua

Para Cicerón, según habíamos señalado, el principio organizador sobre el que se fundamenta lo permitido y lo no-permitido era el uso de la lengua oral por los hablantes-oyentes de la *urbs*. En cuanto a Quintiliano, el fundamento para admitir o rechazar una forma estaba basado en *ratione, vetustate, auctoritate, consuetudine* (razón, antigüedad, autoridad y costumbre).

La razón se basa en la “analogía” y en la “etimología”; la *analogía* se establece a partir de comparar dos formas; una que es dudosa con otra que se conoce con seguridad y trata de resolver la primera. La *etimología* permite, a través de la historia de las palabras, distinguir aquellas cuyo origen es extranjero: “...intenta también ella distinguir los barbarismos de las formas correctas, cuando se pregunta, por ejemplo, si conviene decir Triqueta o Triqueda de Sicilia” (p. 105)

Cuando hace falta justificar un “sonido” se aclara que la norma es el habla de los cultos, a la que se atribuye un valor moral, ligado a las costumbres en el hacer: qué es en sí eso que llamamos costumbre (consuetudo). Si ella toma su nombre de lo que hace la mayoría, dará una norma peligrosísima no sólo para el lenguaje, sino, lo que es más importante, para la vida (...) Por tanto, llamaré costumbre en el lenguaje el consenso de los cultos, así como en la vida el consenso de los buenos (p. 111)

Los criterios de exclusión en el lenguaje se establecen siguiendo principios morales. Habíamos señalado antes que la labor que Quintiliano asume como pedagogo está ligada también a un proyecto políticamente definido; el Imperio se presenta como un vasto espacio en el que se han separado el bien hablar de las buenas costumbres. La tarea de Quintiliano será en todo sentido *disciplinadora*, convirtiéndose el lenguaje en un objeto con características morales (recordemos que en latín las *mores* son las costumbres de los mayores y en otra acepción la naturaleza propia de las cosas).

Los significados y ciertos usos léxicos se admiten siguiendo a los autores latinos o griegos más importantes. Citaré a Cicerón, Virgilio, Ennio, César. A diferencia de Cicerón, Quintiliano sostiene que la norma está basada en la escritura. Esto opera en relación con la ortografía, aunque con algunas referencias al “modo de hablar” y la distinción de significados (punto 3.1.1. de nuestro trabajo).

Frente a las palabras extranjeras, también establecerá criterios de exclusión y de pertenencia (es notable cómo se ha ampliado el campo entre Cicerón y Quintiliano). Dice este autor: “yo considero romano todo lo itálico” (p. 89). La línea entre lo extranjero y lo romano ha perdido su nitidez porque el Imperio ha cambiado las nociones y el espacio geográfico se amplía considerablemente, lo mismo sucederá con el espacio lingüístico: “palabras extranjeras nos llegaron, como sus hombres, y

también otros muchos usos, de casi todos los pueblos” (p. 89).

También cambia la percepción de la lengua griega. Si bien en Cicerón notamos que se admite a todo lo griego como proveniente de una cultura prestigiosa –aunque encontramos rasgos de desconfianza–, aquí los préstamos son mutuos:

Pero la división que yo hago en dos partes vale principalmente para la lengua griega, pues la romana pasó de allí en su mayor parte, y usamos también palabras griegas admitidas, cuando nos faltan propias, así como también ellos reciben a veces palabras nuestras en préstamo (p. 91)

Pese a su amplitud, el espacio aún mantiene algunas exclusiones. No todo lo extranjero puede ingresar en la lengua; tal es el caso del *barbarismo*, uno de los “vicios” del lenguaje que permite agregar a una palabra un sonido que no tiene, emplear un término extranjero (“africana o hispana”, “sarda” o de la “Galia”, etc.) o un tono inadecuado.

3.1.1. La ortografía

En una entrevista de Sofía Fisher a Pierre Encrevé (1995)¹² se plantea el problema acerca de cómo normativizar la escritura de una lengua, según una relación entre sonido-signo gráfico o de acuerdo con la “hipótesis etimológica”. En la respuesta que Encrevé da a este problema, aparecen dos cuestiones interesantes en relación con nuestro trabajo, que se refieren al momento en que se comienza a problematizar el tema de la escritura. Uno de esos puntos es el “desarrollo de la imprenta”, porque allí se hace evidente que “no se habla como se escribe”, y otro es el problema de dar una escritura a las lenguas neolatinas una vez que se diferencian del latín. Leemos en esta entrevista: “mientras se trata de latín no hay problemas de ortografía”.

En esta instancia de análisis demostraremos que el tema de normativizar la grafía del latín también se presenta como problemático, en el punto histórico y político en que Quintiliano escribe *Institutionis Oratoriae*. Para ello, determinaremos cuál es la solución que se propone y qué representaciones sobre el lenguaje están unidas a dicha solución. ¿Qué cosas entrarán dentro de la reflexión sobre el “escribir bien”?¹³ En su reflexión sobre la ortografía, sólo tratará los casos dudosos. La escritura permite distinguir no sólo significados léxicos, sino también valores sintácticos. En una lengua en la que la marca morfológica de caso se asocia con la función gramatical, la palabra se transforma en objeto central de la reflexión. Entonces, establecer dos escrituras diferentes para dos formas gramaticales de un mismo lexema, es lo que Quintiliano considerará la “completa finura” de la ortografía.

En cuanto a la distinción de significados léxicos, una forma que sólo se distingue por su acentuación de otra que se asocia a un significado diferente, se plantea en estos términos:

...por ejemplo, poner encima la rayita en todas las sílabas largas es algo absolutamente inútil, porque la mayoría son evidentes por la naturaleza misma de la palabra que uno escribe; pero a veces es una necesidad, cuando la misma letra crea uno u otro sentido diferente, según sea breve o larga.¹⁴ (p. 113)

En la distinción entre nominativo y ablativo –que en algunas palabras se diferencian a partir de la longitud–

“...sí la misma letra (littera) es breve en el nominativo, y en el ablativo larga, en la mayoría de los casos este signo nos avisa cuál de las dos formas seguiremos” (p. 113).

Luego de hacer un recorrido por las formas de escritura de algunos autores antiguos, se decidirá por proponer una forma de ortografía que no sea un “estorbo” para el alumno. Así, la solución que le parece más adecuada en aquellos casos en

que no hay tradición, es la de que se escriba como suena:

“Si no exige otra cosa la costumbre, yo juzgo que se debe escribir como ello suena” (p. 121).

En cuanto a la tradición, cuando las formas se hallan atestiguadas las prefiere¹⁵.

El establecimiento de una norma ortográfica está ligado en Quintiliano a la labor pedagógica y política. Si bien sugiere que se dejará a criterio del profesor de gramática la forma más conveniente de escribir, está claro que ha dejado sentadas las bases de un criterio unificador; si hay tradición, ésta deberá respetarse; si el caso se presenta dudoso, se prestará atención al “sonido”. No olvidemos que cuando se refiere a la lengua oral, deja sentado otro principio: el habla de la clase culta es la norma.

4. Conclusiones

76 77

La lógica de la variación espacial del lenguaje y, por consiguiente, la estructura de las áreas dialectales tienen que ver, por cierto, con los demás datos de la experiencia humana: histórica, antropológica, social. Pero las causalidades distan de ser simples de discernir, tanto más cuanto que hay un problema, determinante en la materia, que ha sido poco abordado en los estudios tradicionales de dialectología: el de la percepción del espacio lingüístico por los hablantes. (Bulot y Delamotte-Legrand, 1995)¹⁶

La lengua latina ha quedado *fossilizada* en algunas representaciones bastante poco felices como la de “lengua muerta”. Simplificar lo complejo permite sostener la ilusión de la existencia de *la lengua latina* o *el latín*, sin embargo, habría que señalar y no dejar de problematizar la idea de que una lengua se percibe desde diferentes lugares simbólicos que se asocian a otras nociones políticas e ideológicas. La relación de la lengua con el espacio es siempre problemática y genera concepciones cambiantes según los proyectos políticos. Interrogar a los datos, leer desde la perspectiva teórica de la glotopolítica y la sociolingüística las representaciones de algunos de los sujetos que han “prestado” su voz y sus propias concepciones a los gramáticos y filólogos posteriores, nos ha mostrado que las simplificaciones son inadecuadas.

En la “Advertencia a la segunda edición” de la *Gramática Latina* de Andrés Bello, leemos: “Hemos dado una breve idea de la *antigua y genuina* pronunciación del latín”¹⁷.

Desde la lectura que hemos hecho de los textos de Cicerón y Quintiliano, esta simple enunciación comienza a aparecer como más que problemática. Por una parte, señalamos que también detrás de esta afirmación hay una actitud glotopolítica, la de Andrés Bello en su propio contexto histórico y político.

Hemos recorrido un camino que va desde la visión de la lengua dentro del espacio de la *urbs*, asociada en las representaciones de Cicerón a un tipo de gobierno –la República–, hasta una visión con intenciones pedagógicas, intento moralizador y hasta, en cierto sentido, reaccionario de Quintiliano. Intento que quiere plasmarse en una escritura *prolija*, limpia de *malas costumbres*: “No es fuera de lugar, cosa que por lo general suelen desatender gentes de la mejor clase, el cuidado en *escribir limpio y rápido*”¹⁸.

En el caso de esta lengua, además de las representaciones de sujetos como Cicerón y Quintiliano, es posible rastrear las que han sostenido los filólogos y lingüistas posteriores. Entonces se podrá afirmar que “las modalidades comunicativas y las maneras de decir traducen el funcionamiento social al mismo tiempo que lo fabrican”¹⁹. Hemos visto que en Cicerón y en Quintiliano la lengua que usan los sujetos los sitúa en un espacio social y sus relaciones sociales jerárquicamente organizadas son *habladas-construidas* por los mismos sujetos.

¹ QUINTILIANO DE CALAHORRA, *Obra Completa*, Edición bilingüe Latín-Español, Tomo I, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo, traducción y notas de Alfonso Ortega Carmona.

Las citas de este trabajo corresponden a esta edición, en español, y a la de Loeb, ya citada, para el inglés.

² ARNOUX, E. Y BEIN, R., “Problemas político-lingüísticos en la Argentina contemporánea” s/d.

³ BULOT, T. Y DELAMOTEE-LEGRAND (1995), “La verbalización de fracturas urbanas: hacia una glotopolítica de las ciudades”, en *Signo y Señal*, N° 4. El destacado es nuestro.

⁴ CICERON, M.T., *De Oratore* III, 12, 44. A partir de aquí las citas serán en español (o inglés) para facilitar la lectura. El fragmento del epígrafe, según la traducción al inglés: “Consequently as there is a particular accent peculiar to the Roman race and to our city, involving no possibility of stumbling or causing offence or unpleasantness or objection, no note or flavour of provincialism, let us make this accent our model, and learn to avoid not only rustic roughness but also provincial solecism.” Ed. Loeb.

⁵ Por eso dirá Cota a Escavola: “Lo que debes hacer es dar gusto a estos jóvenes que no han venido a oír la cotidiana e inútil locuacidad de un sofista griego, ni la cantinela de los retóricos, sino a un hombre: el más sabio y elocuente de todos; al que no en los libros, sino en las mayores causas, y en esta ciudad, morada del imperio y de la gloria, se ha distinguido por el consejo y la elocuencia; y quieren seguir sus huellas y aprender su doctrina” (p. 260).

⁶ Trabajo citado. Cf. nota 3.

⁷ CALVET, L.-J. (1997) *Las Políticas Lingüísticas*, Hachette, p. 13.

⁸ CICERON M.T. *On Divination*. Harvard. Edic. de 2001, Loeb Classical Library. Traducción al inglés de William Armistead Falconer.

⁹ El término “publicación” hace referencia a la posibilidad de difusión de los textos a través de copias.

¹⁰ “Solicitaste, entre diarias quejas, que empezara por fin a publicar los libros, que sobre la formación del orador había escrito para mi amigo Marcelo... Pero mucho tengo depositado también en tu fidelidad y esmero, para que lleguen lo más correctamente posible a manos de los lectores” (p. 11).

¹¹ Recordamos aquí lo que señalábamos en la introducción de este trabajo: Quintiliano es el primer profesor a quien se le paga su sueldo con el erario público.

¹² FISHER, S. (1995), Encuentro con Pierre Encrevé “Reforma de la ortografía y ley de protección del francés”, en *Signo y Señal*, N° 4, UBA.

¹³ QUINTILIANO, op. cit., p.113.

¹⁴ “Un ejemplo: si malus significa árbol o un hombre que no es bueno, se distingue por la rayita...”. QUINTILIANO, op. cit., p. 113.

¹⁵ “¿Por qué voy a decir yo *vortices* (remolinos) y *vorsus* (verso) y otras palabras de este tenor, cuando se dice que fue Escipión el africano el primero en haber cambiado en una *e* la letra segunda? (...) en ninguna de las dos maneras se emite el sonido como nosotros lo percibimos, y no fue cosa sin importancia que Claudio (el Emperador) introdujera para estos casos aquella letra eólica (la *digamma*)” (p. 119).

¹⁶ BULOT, T. Y DELAMOTTE-LEGRAND, R. Trabajo citado.

¹⁷ BELLO, ANDRÉS (1958), *Gramática Latina y Estudios Complementarios*. Caracas, Comisión editora de las obras completas de A. Bello, Ministerio de Educación.

¹⁸ QUINTILIANO, op. cit., p. 35.

¹⁹ BULOT, T. Y DELAMOTTE-LEGRAND.

Bibliografía

ARNOUX, ELVIRA (1998), “El ejemplo como ilustración y como norma en las gramáticas escolares de Andrés Bello”, Universidad de Campinas, Ed. Pontes.

(1995), “Las políticas lingüísticas en los procesos de integración regional”, en *Signo y Seña*, N° 4, UBA.

ARNOUX, E. Y BEIN, R. (1999), “Posiciones de Jorge Luis Borges acerca del idioma nacional”, en *Borges*, Bs. As., Biblioteca del Congreso de la Nación, pp. 19-30.

(1999) *Prácticas y Representaciones del lenguaje*, Eudeba.

ARNOUX, E.; M-I BLANCO Y DI STEFANO, M. (1995), “Las representaciones de la lengua y de la prensa en los manuales de estilo periodístico”, en *Signo y Seña*, N° 4.

BULOT, T Y DELAMOTTE-LEGRAND, R. (1995), “La verbalización de fracturas urbanas: hacia una glotopolítica de las ciudades”, en *Signo y Seña*, N° 4.
CICERON, M.T. (1952), *De Oratore, Brutus y Orator*, Londres, Ediciones Loeb Classical. Traducción al inglés de Hubbell.

Obras Completas. Traducción de M. Menéndez y Pelayo. S/d.

CALVET, L-J. (1995), “Las políticas lingüísticas y la construcción europea”, en *Signo y Seña*, N° 4, UBA.

(1997), *Las políticas lingüísticas*, Bs. As, Edicial.

FISHER, S. (1995), Encuentro con Pierre Encrevé “Reforma de la ortografía y ley de protección del francés”, en *Signo y Seña*, N° 4, UBA.

QUINTILIANO (1959), *The Institutio Oratoria*, Cambridge, The Loeb Classical Library. Traducción al inglés de Butler.

(1996) *Obra Completa*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca. Traducción al español de A. Ortega Carmona.